

## PAQOS Y HANPIQ EN QOSQO

*Alfonsina Barrionuevo*  
*Consultora de Temas Culturales Peruanos*



En un país privilegiado como el nuestro, donde hace más de tres mil años los chavín se dieron el lujo de avizorar los arcanos del cuerpo humano, mucho antes que nadie en el mundo, es sensible que los antiguos peruanos no siguieran con sus observaciones.

Ha tenido que ser la medicina de los países desarrollados la que diera pasos de gigante, en el siglo pasado, para lograr verdaderos milagros en la lucha con las enfermedades y el avance inexorable del tiempo. En la actualidad, tanto en los hospitales como en las clínicas de Lima, los pacientes pueden tratar sus deficiencias o hacer frente a sus males accediendo a servicios sofisticados.

Por contraste, en las provincias hay un marcado atraso en los servicios de salud. La mayoría de especialistas prefieren la capital. Tanto por las posibilidades de trabajo como por estar en contacto directo con los avances de la ciencia del exterior.

Los problemas de salud en las regiones son graves y el gobierno central hace poco por abordarlos. Lo mismo pasa con el sector privado. En el Perú hay más hoteles que hospitales y a nadie le interesa crear incentivos para contar con un equipo médico eficiente en las menos afortunadas localidades.

Se ha multiplicado el número de universidades que preparan especialistas, pero, a la hora de elegir el lugar donde residirán, prefieren su comodidad a la par que la modernidad. Se necesita tener un espíritu solidario con el prójimo para ir a trabajar a ciudades poco frecuentadas, alejadas o de gran pobreza. No se sabe si hay en el gremio gente consciente de cumplir con el juramento hipocrático y regalar a los más

necesitados un par de años o un lustro, por lo menos, de su atención.

La existencia de postas médicas vacías, sin instrumental, con los vidrios rotos, en abandono y, sobre todo, sin personal médico, es frecuente en cualquier parte de nuestro territorio. Hay un abandono de pacientes que, si se quejaban todos a la vez, su clamor se escucharía a nivel internacional.

En lo que se refiere a la salud, la medicina tradicional cubre algo ese gran vacío. Sobre todo en las comunidades campesinas. En el Cusco los paqos y los hanpiq que son un rezago de conocimientos en el campo que nos ocupa, son los únicos a los que ellas pueden recurrir en casos de emergencia. Unos y otros realizan sus prácticas de tipo médico sin emplear estupefacientes o alucinógenos. Si hay algo que puede servir como anestésico es solamente la música.

Los chavín, en Sechín, Ancash, dejaron una muestra de su investigación en el registro de la anatomía humana. Sus ojos asombrados descubrieron la existencia de sistemas de distribución de la sangre, la presencia de un árbol óseo —la columna vertebral—, que sostiene erecto el cuerpo, la función visual, la conexión del estómago con metros de intestinos que se mostraron al ser seccionado un vientre en una batalla, la forma de los riñones y cómo funcionan las articulaciones.

Toda una clase magistral grabada en piedra, miles de años antes de que Miguel de Servet descubriera, en Europa, una circulación mayor y otra menor, por lo que fue quemado vivo, porque a los sabios de su época les pareció que había hecho una herejía digna de las llamas.

Actualmente los paqos pueden manejar su conocimiento de las propiedades de las hierbas y plantas medicinales, usando sus hojas, flores y frutos, al natural, hervidas o soasadas. Sea para bajar la fiebre, aliviar distintos focos de dolor, limpiar las vías respiratorias, bajar la presión alta, descongestionar el estómago, desinflamar hinchazones, quitar migrañas, purificar diferentes órganos y, en el caso de las madres primerizas, aumentar la secreción de leche y otros tipos de molestias.

El hanpiq es un verdadero médico autodidacta. Además de dominar la herbolaria puede realizar algunas operaciones superficiales como retirar las cataratas de los ojos, reducir fracturas, mover las vértebras de la columna, si se ha hecho un mal movimiento, poniéndolas en su sitio y enderezar o encajar otros huesos y trabajar también con la famosa soba del cuy o qowe, que da una “radiografía” de la dolencia y que ha sido aceptada en el exterior. No hay nada de magia en sus prácticas. Son personas muy realistas que se basan en un aprendizaje de otros hanpiq mayores hasta que son autorizados para curar.

Ellos están en el sur y son el único recurso que les queda a miles de hombres, mujeres y niños de su entorno.

En el Cusco, con ser uno de los polos de mayor atracción del turismo nacional e internacional, hay un gremio médico restringido para atender en la región. En muchos casos en las capitales de algunas provincias, distritos, anexos y parcialidades, los pobladores tienen que confiar en su ayuda.

La medicina tradicional práctica responde a sus requerimientos, en la medida que puede ser aplicada, salvando principalmente las dificultades del camino, pues tienen que ir a pie y pasando los ríos en oroyas.

Han trascurrido más de cuatrocientos años desde que llegaron los españoles y podría pensarse que se han perdido los conocimientos que se obtuvieron antes, en un largo tiempo. La presión que sufrió Cusco como capital del Tawantinsuyu, por la acción de los gobernantes de la Península y los curas doctrineros, primero, y los frailes de las órdenes religiosas, después, que se preocuparon en consolidar las situaciones políticas y religiosas, afectó tam-

bién la participación de los prácticos en ciencia médica que siguieron velando por la salud de su población.

En consecuencia se ha conservado en muchas partes diversas tradiciones transmitidas por generaciones de manera oral. En el caso de problemas que atañen al cuerpo físico, existen en las comarcas los paqos, que dominan los conocimientos de las propiedades medicinales de una serie de plantas, como digo más arriba, y los hanpiq, que además pueden manejar trastornos emocionales con éxito. Hay otros que están al margen, los thultu machu o despenadores que, en casos muy especiales, pueden proceder a la eutanasia con la venia de la comunidad.

Las enfermedades de tipo espiritual –psicológico– o que se derivan de problemas de la vida cotidiana, de la falta de buena relación en las familias, etc., pueden ser resueltas por especialistas de trabajo paralelo. Entre ellos los altomisayoq y los kuraq kulleq, que cifran sus artes en la invocación de espíritus de los cerros y la tierra como los Apus y las Pachamamas.

Sobre este punto tengo un libro que ha entrado en su tercera edición: “Poder de los Andes: La Fuerza de los Cerros”. Es el resultado de haber estado, alrededor de seis años, asistiendo a sesiones con ellos, completando mis experiencias con antropólogos y otros profesionales que entienden de este plano relacionado con las energías telúricas. La cura de la enfermedad de “el susto” o mancharisqa ya tiene aceptación universal.

Perder el ánimo o el deseo de vivir, por ejemplo, es un desafío para las lloqe, mujeres qero, que envuelven a sus pacientes en una especie de capullo de fibras de alpaka, para ir uniendo filamentos que se habían roto o perdido por alguna causa ajena a su voluntad. Al desatarlas y arrojarlas al río siguiendo un ritual muy complejo, la persona se levanta libre de sus pesadillas, con disposición para vivir, ante la alegría de sus familiares que hacen largos viajes para ir al encuentro de estas kuraq akulleq bienhechoras.

Aunque sea una paradoja, ellas logran mucho más que la psiquiatría moderna. Misterios del Ande donde se mantiene en silencio la sabiduría médica prehispanica, fuera de nuestro alcance.